

lo más costoso posible para los bosquimanos, pero finalmente prevaleció la justicia.

El principio legal según el cual los pueblos indígenas tienen derecho a su tierra porque vivían en ella mucho antes de que llegaran otros individuos puede parecer de simple sentido común, pero se han necesitado generaciones para que consiga una aceptación jurídica generalizada. En la actualidad se ve cada vez más su aplicación, aunque todavía queda un largo trecho por recorrer antes de que se ponga en práctica correctamente.

Los Gobiernos son muy reacios a aplicar estas leyes y principios, fundamentalmente porque los intereses comerciales quieren quedarse con la tierra indígena, normalmente justificándolo con la afirmación falsa de que todo el mundo saldrá beneficiado, y esta aseveración constituye el núcleo del argumento del “desarrollo”.

### **El desarrollo**

El desarrollo, cuando significa ayudar a que los pobres dejen de serlo, es de importancia vital y ha supuesto mejoras cruciales en muchas partes del mundo. El problema con el “desarrollo” es que por lo general con él se intenta replicar modos de vida occidentales en zonas donde no se pueden sostener, y con pueblos que no los quieren, o las dos cosas a la vez. Tratar de “desarrollar” a los pueblos indígenas puede causarles un daño inmenso y esta idea es directamente responsable de mucho sufrimiento y de muchas muertes.

Ya me he referido a esto cuando he descrito los prejuicios según los cuales los indígenas son estúpidos: con seguridad deben ser tontos al no querer vivir como occidentales. Los que piensan esto (y son muchos) normalmente quieren decir “vivir como occidentales ricos”, con una buena educación, asistencia médica, nutrición y vivienda. Pero la verdad es que hay mucha gente en Occidente, incluso en los países más ricos, que vive en la pobreza y no tiene acceso a ninguna de estas cosas. Por ejemplo, aproximadamente uno de cada cinco niños estadounidenses está considerado como extremadamente pobre, y más de la mitad de los ciudadanos de Estados Unidos caerán por debajo del umbral de pobreza en algún momento de sus vidas.

Hay pocas dudas de que, si se les ofreciera la oportunidad de tener todos los beneficios que disfrutaban los ricos en Occidente, especialmente si entre ellos se incluyera el poder seguir viviendo en sus propias tierras con sus propias comunidades, muchos indígenas podrían bien elegir esta opción. El problema es que no es esto lo que se les ofrece. Tienen que renunciar a muchas cosas a cambio de lo que se les dice que es “desarrollo” y pueden quedar en un estado peor del que tenían, ¡y a menudo mucho peor!

Un ejemplo extremo, pero común, son los internados ya descritos. Incluso los programas que deberían tener beneficios obvios, como la atención médica, pueden ser más dañinos que beneficiosos cuando los llevan a cabo profesionales sin la adecuada preparación, imbuidos de superioridad y agresividad hacia sus pacientes. Desgraciadamente, ocurre así muy a menudo.

El principal motivo por el cual estos proyectos fracasan es porque los supuestos beneficiarios no se sienten parte de ellos. No se les pregunta si los quieren o si se les pregunta suele ser en reuniones apresuradas que tienen lugar en un entorno extraño, con personas que no conocen en absoluto. Eso sí, puede que los representantes indígenas accedan a la ligera a propuestas mal concebidas que no entienden bien, partiendo de la base de que no tienen nada que perder y con la esperanza de que sean beneficiosas en algún momento.

La solución a todo esto no es difícil, pero necesita de más tiempo y sentido común en la planificación, y normalmente de mucho menos dinero. Estos factores no se adaptan muy bien a las agendas de muchas agencias de desarrollo, que no son lo suficientemente flexibles y están bajo demasiada presión. Los buenos proyectos pueden ser más baratos que los malos, pero el trabajo del personal de las agencias es, en general, gastar dinero, no ahorrarlo. Si quedan fondos sin utilizar, puede que se reduzca el presupuesto de los años siguientes, y nadie quiere ser responsable de algo así. El examen de los proyectos requiere tiempo y trabajo, y es mucho más fácil y rápido aprobar unos cuantos proyectos grandes, de millones de dólares, que muchos pequeños, con un costo de mil dólares cada uno, aunque estos últimos pueden ser mejores y mucho más beneficiosos para los receptores finales.

Por ejemplo, en el modelo habitual de desarrollo, y en la mente de muchos occidentales, “educación” significa edificios, libros, niños sentados en filas de sillas, profesores de fuera de la comunidad, y un plan de es-

tudios dictado por los funcionarios de la ciudad, a menudo sin relación con la vida rural. El resultado para los pueblos indígenas es que sus niños aprenden pocas cosas útiles, en un entorno extraño, y de profesores poco empáticos. Es una excepción encontrar niños sentados debajo de un árbol, o en el suelo, escuchando a un profesor de su propia comunidad que les enseña en su propia lengua cosas que les van a servir en sus cambiantes vidas. Lo mismo ocurre con los proyectos de salud.

Si le quitamos la retórica a muchas agencias de desarrollo, todas empiezan a parecerse mucho a las antiguas iniciativas coloniales: todo el mundo debe aprender a vivir como occidental, les guste o no. Si hurgamos un poco más, nos encontramos inevitablemente con una conexión con los mercados, las empresas y el lucro. No solo todos deben aprender a vivir como occidentales, sino que además tienen que proporcionar materias primas a los mercados occidentales o comprar productos manufacturados, y preferiblemente ambas cosas.

En las dos últimas generaciones se han gastado miles de millones en “ayudas al desarrollo” y esto, sin duda, ha ayudado a muchas personas pobres y ha empobrecido a otras (principalmente arrebatándoles su tierra con el fin de abrir paso al “desarrollo”). El factor de mayor importancia, de lejos, a la hora de hacer que la gente viva más sana durante más tiempo no es, sin embargo, la asistencia económica, sino el conocimiento de una higiene básica: entender que las heces humanas transmiten enfermedades mortales a través

de microbios tan pequeños que no se pueden ver. Si las personas defecan cerca del suministro de agua, o no se lavan las manos después, o si los insectos transportan los gérmenes hasta el agua, entonces aparecen enfermedades graves.

La ciencia occidental descubrió estas conexiones a mediados del siglo XIX, aunque las nociones de higiene no son en absoluto monopolio de Occidente. Se tardó un siglo, incluso en los países más ricos, antes de que estuviera disponible la infraestructura que se necesitaba para el saneamiento en las ciudades mediante la conexión de las casas tanto al agua potable como al alcantarillado (incluso a finales de los años 1970, el apartamento parisino de un amigo mío tenía el inodoro en medio de la cocina, ¡y para privacidad solo un biombo improvisado hecho a mano!). A pesar de todo lo que se ha gastado en “desarrollo”, la mayoría de la gente en el mundo aún vive sin agua potable o alcantarillado. Obviamente, este no es un problema tan grave en las zonas rurales con baja densidad de población como en los conglomerados urbanos donde muchas personas cogen agua de la misma fuente y donde se producen muchas más sustancias contaminantes. Unas pocas personas enfermas en una ciudad pueden provocar rápidamente una epidemia mortal.

Las tasas de mortalidad infantil no son una mala manera de juzgar si el desarrollo “funciona”. En la mayoría de los países son más bajas de lo que lo eran hace unos veinte años, pero no es el caso en todas partes. Kenia, por ejemplo, es uno de los principales países receptores de ayudas internacionales, pero sus tasas de

mortalidad han aumentado. La gran proporción de la población keniana que se considera como “desnutrida” (casi uno de cada tres ciudadanos) solo se ha reducido marginalmente.

Es difícil identificar datos reales que digan si la gente, en general, está mejor o peor como resultado del “desarrollo”. Para empezar, muchos de los datos recopilados son relativamente recientes, las definiciones utilizadas pueden cambiar con el tiempo y de un estudio a otro, y los datos pueden sufrir manipulación gubernamental. Además, lo que se considera “pobreza” en un sitio no lo es en otro. Un inconveniente adicional es que mucha de la información se presenta, necesariamente, en forma de promedios, y estos ocultan tanto como lo que revelan. Por ejemplo, el producto interior bruto (PIB) de un país es el valor monetario aparente de todo lo que allí se produce. Pero si un pequeño número de personas produce la mayor parte del “valor” y la mayoría no produce nada en absoluto, entonces la cifra del PIB medio por persona solo nos da una imagen distorsionada.

Davi Kopenawa, el famoso indígena yanomami, se encontraba una vez en una reunión con la agencia de desarrollo del Gobierno británico, intentando explicar las necesidades de su comunidad. Después de una hora de escuchar los razonamientos detrás de los programas que se le ofrecían, sintió la necesidad de señalar al perplejo funcionario que los yanomamis no eran “pobres”: la ayuda que necesitaban era para contrarrestar los efectos catastróficos que se habían producido a causa de las enfermedades infecciosas anteriormente

inexistentes entre los yanomamis transmitidas por mineros ilegales.

Algunas empresas admiten que sus actividades perjudican a algunas personas a la vez que generan beneficios para otras, por lo que financian proyectos benévolos “de desarrollo” con la esperanza de mitigar sus propios impactos. Se supone que de esta manera la población en su conjunto sale beneficiada. En la India, por ejemplo, los majhi kondhs vieron cómo en sus escuelas, que ya existían de todos modos, aparecían nuevos carteles que anunciaban que estaban financiadas por la empresa minera que se había quedado con sus tierras. Incluso allí donde una empresa financia proyectos que valen la pena, sigue existiendo un problema intrínseco: si una empresa viola los derechos de un pueblo, ¿puede “compensarlo” haciendo el bien en otro lugar? Este concepto no se aceptaría para otros crímenes: ¿alguien que salve las vidas de muchos hombres nunca podrá afirmar que eso justifica que haya asesinado a unos pocos! Si se ve la financiación de proyectos benévolos como algo que legitima el “desarrollo” dañino, entonces los principios fundamentales de la justicia y los derechos humanos (supuestamente inalienables) se desmoronan rápidamente.

Aun así, esta noción está ganando fuerza a medida que la extracción de recursos sigue haciendo ricos a unos pocos políticos y hombres de negocios, y a medida que las corporaciones y los Gobiernos dan cada vez más financiación a organizaciones no gubernamentales (ONG) supuestamente independientes. Por ejemplo, una de las organizaciones sin ánimo de lucro

más grandes de Estados Unidos, *Conservation International*, está controlada por una Junta Directiva que incluye al presidente de la mayor sociedad anónima del mundo, *JPMorgan Chase*, así como al presidente de Botsuana. Tanto el banco de inversiones como el Gobierno de Botsuana han llevado a cabo actividades ilegales, y Botsuana fue condenada por el reciente trato inhumano y degradante que recibieron los bosquimanos. ¿Qué importancia tiene este tipo de comportamiento para las ONG?

En realidad, ahora entre las ONG hay algunas entidades enormes con presupuestos de cientos de millones de dólares. Algunos dirán que esto es signo de su madurez y profesionalismo, que ahora trabajan para el cambio “desde dentro” y que el modelo anterior era ineficiente y de aficionados; otros lo ven como una infiltración y control del sector por parte de las grandes empresas y los Estados. Algunas de estas organizaciones están a una distancia enorme del tipo original de ONG de la época en que dominaban el altruismo y las ideas de servicio, nociones que en gran medida han pasado de moda. El verdadero problema reside seguramente en el silencio de algunas ONG que no denuncian las atrocidades que encuentran en las zonas en que trabajan, o que tácitamente proporcionan “credenciales” éticas y medioambientales a quienes no las merecen.

La principal pregunta, sin embargo, sigue siendo si se ha reducido la brecha entre los más ricos y los más pobres. ¿Ha disminuido la proporción de los extremadamente pobres a medida que ha aumentado la pobla-

ción mundial? La respuesta parece ser: probablemente no. Ha habido ganadores y perdedores, por supuesto; pero según cálculos conservadores en la actualidad una de cada seis personas en el planeta pasa hambre. Esto equivale a mil millones de personas, más gente que en cualquier otra época. Aproximadamente la mitad de todas las muertes infantiles están relacionadas con desnutrición, a consecuencia de lo cual muere un niño cada pocos segundos.

Los Gobiernos, con sus leyes y sus industrias, son los actores principales del trato que se ha dado a los pueblos indígenas, pero hay otro componente de los Estados-nación que también ha desempeñado un papel muy destacado: sus iglesias y misioneros.

### **Los misioneros**

La comprensión de la espiritualidad y la religión de muchos pueblos indígenas es diferente de los patrones occidentales en un sentido muy importante. Por ejemplo, después de narrar su mito de la creación, algunos chamanes preguntan: “Esta es nuestra historia, ¿cuál es la tuya?”. Saben que los distintos pueblos tienen distintas visiones; en cambio las religiones occidentales tienden a pensar que solo una versión puede ser la correcta. Un marco de creencias es una de las formas primarias en las que los seres humanos se definen a sí mismos, por lo que no es sorprendente que el intento de erradicar las religiones indígenas haya sido una de las armas más poderosas utilizadas contra los pueblos indígenas. Los misioneros cristianos han estado a la vanguardia de este papel destructor en gran parte del